

Nedim Gürsel
El ángel rojo

Traducido del francés por Carmen Torres París
y M.^a Dolores Torres París

Alianza Editorial

Título original: *Seytan, Melek ve Komünist*

Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Nedim Gürsel

© de la traducción: Carmen Torres París y M.^a Dolores Torres París, 2014

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2014

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 913938888

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-8665-3

Depósito legal: M. 3.738-2014

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

15	Berlín
143	El poeta y el diablo
253	Ali Albayrak
329	La mujer del zarcillo

*A Nâzim Hikmet,
augur de los «días felices» que jamás llegaron.*

*Con su afilada perilla apesadumbrado
escuchaba el diablo
y la mentira provocaba un dolor indescriptible
en su sagaz cabeza de irreductible.*

NÂZIM HIKMET

¿Quién puede asegurar que conoce a su verdadero padre?

JAMES JOYCE

En esta novela, excepto Nâzim Hikmet y los personajes históricos, todo es ficción.

BERLÍN

I

No recuerdo haber visto nunca Berlín tan desierto ni tan enterrado bajo la nieve. Cuando el avión empezó a descender hacia el aeropuerto de Tegel, lo primero que vi fue un manto blanco que se extendía hasta el infinito. El cielo nublado, de color plata, empezaba a oscurecer; el sol era invisible. En esa claridad de agonía borrosa y sin brillo, el mundo parecía despoblado, tan irreal como una leyenda. Luego, poco a poco, distinguí los lagos helados, los árboles surgiendo de la nieve y los tejados blancos. Y, por supuesto, la torre de la televisión brillando en el crepúsculo. La primera vez que vine, me contaron que los alemanes occidentales llamaban a este símbolo del Berlín Este el «Espárrago». En aquel entonces también estaba en pie el Muro —la ciudad dividida en dos como una sandía de Diyarbakir—, y la torre, que era el orgullo de los habitantes de la parte Este, tal vez sea el único recuerdo de la época que me hace soñar. Solía decirme a mí mismo que algún día, como un reto, me subiría a la

torre cual ave migratoria y miraría la ciudad y el muro tendidos a mis pies.

A veces, si el tiempo estaba despejado y el sol brillaba, se dibujaba una cruz de luz en los ventanales del restaurante giratorio. Como si Dios quisiese vengarse del comunismo. Erich Honecker había cerrado todas las iglesias de Berlín Este, pero no podía impedir aquellos juegos de luz. Me sería muy fácil ahora subir a la cúspide del «Espárrago» y contemplar Kreuzberg y las callejuelas por las que deambulan mis compatriotas, los tejados de Charlottenburg, los lagos y los bosques, el campanario en ruinas de Kaiser-Wilhelm-Gedächtniskirche, que recuerda la guerra y por delante del cual, antaño, pasaba todos los días.

Yo estaba lógicamente familiarizado con aquellas palabras interminables enlazadas unas a otras como los coches de los tranvías del Este, con los sonidos firmes y las inflexiones rígidas de esta hermosa lengua, pero no sabía hablar el idioma de Goethe. Lo que me interesaba entonces era el poeta Nâzim Hikmet, sobre el que estaba escribiendo un libro.

Esta vez, al bajar del avión, no tomé el autobús 109. Me subí a un taxi y le di al conductor la dirección del hotel. Atravesamos la densa arboleda de Volkspark. El Hohenzollernkanal estaba helado. Se extendía hacia la ciudad, ancho, blanco, uniforme. La nieve cubría tanto la calzada como las aceras. Avanzábamos muy lentamente. Y yo tenía prisa, quería llegar puntual a mi cita. Balbuceé tratando de decirle al taxista que fuese más rápido, pero no se inmutó. Mis palabras debían de

ser ininteligibles. El alemán me gustaba mucho, me había conquistado ya en la época en que residía aquí, pero no lo había aprendido. No tenía ni el tiempo ni, sobre todo, las ganas de hacerlo. No me interesaba la «revolución», como se decía entonces, sino la investigación. Durante mucho, muchísimo tiempo, me sumergí en el mundo de Nâzim Hikmet. Me hicieron falta muchos años para librarme de su influencia.

Al salir de la Kaiser-Friedrichstrasse para internarnos en las estrechas calles de Charlottenburg, el taxi redujo considerablemente la marcha. Me sentía como en una película en blanco y negro proyectada a cámara lenta. Daba la impresión de que avanzábamos pero manteniéndonos en el mismo lugar. Empezaba a perder la paciencia. Los vehículos estacionados a lo largo de la calle estaban enterrados bajo la nieve. Los cafés y restaurantes permanecían abiertos, pero completamente desiertos. Luces macilentas brillaban detrás de los cristales empañados. Un autobús vacío nos adelantó sin hacer ruido. Incluso ese vehículo iba más rápido que nosotros. Quise hacérselo notar al taxista, pero no encontré las palabras. Y no tuve ánimo para verbalizar mis quejas en inglés. Pasito a pasito, lentos pero seguros, por fin llegamos al hotel de la Bleibtreustrasse. Una vez allí, me di cuenta de lo absurdo de mi nerviosismo.

El reloj de la recepción marcaba las cuatro de la tarde. Me había olvidado de la diferencia horaria entre Estambul y Berlín. Quedaba una hora para la cita, una hora entera, y no tenía ni idea de en qué podía emplearla con aquella nieve. Dejé el equipaje en mi habitación del cuarto piso y me fui a dar un

paseo por la Kurfürstendamm. Los escaparates iluminados, los elegantes cafés, seguían allí, pero, aparte de unos cuantos coches equipados con cadenas, las calles estaban casi desiertas. La ciudad parecía despoblada. La nieve amortiguaba los sonidos. Ni siquiera se oía el ruido del autobús de dos pisos que circulaba en ese momento. Después del barullo del tráfico y los embotellamientos de Estambul, la tranquilidad y el silencio de Berlín me parecieron inquietantes.

A las cinco en punto de la tarde, cuando entré en el café Weyers, ya era de noche. Me senté en una mesa a la izquierda de la barra, en el espacio reservado para fumadores. Al otro lado del ventanal, en el parque, detrás de las ramas desnudas, se vislumbraba la Ludwigskirche, la iglesia de San Luis, enterrada bajo la nieve. Su campanario verde mohoso y sus paredes de ladrillo de formas imprecisas le daban una apariencia espectral. Tenía un aire extraño, misterioso, como de otro planeta. Me pareció muy diferente del edificio cuyo reflejo contemplaba antaño, sentado en el parque al claro de luna, en el agua del estanque, y cuyas escaleras subía en ocasiones, no para asistir a misa, sino para observar a los fieles. No me pareció que Berlín hubiese cambiado, pero confieso que no me gustaba nada bajo la nieve.

Una camarera encendió la vela posada en la mesa. Llevaba el pelo rojo recogido en una cola de caballo sobre la nuca y los labios pintados de carmín rojo ladrillo. Vestía una blusa blanca bajo un chaleco rojo, un pantalón negro ajustado, cuidadosamente planchado, y una corbata roja con lunares blancos alre-

dedor del cuello. Sus ojos azules me hicieron pensar en los ojos «centelleantes» de Mustafa Kemal que elogia Nâzim Hikmet en su *Kuvayi Milliye*. Pero antes de nada debo pedir excusas por citar a este poeta a cada paso. Me explicaré sin más preámbulos: he venido a la capital de la Alemania reunificada para recuperar ciertos documentos que le conciernen. Debía haberles informado desde el principio, pero el aterrizaje en el Tegel con semejante nevada, el camino interminable, el miedo a llegar tarde a mi cita y la emoción (entreverada de tristeza, debo confesarlo) de volver a ver Berlín hicieron que lo olvidase.

La camarera se acercó y me preguntó qué deseaba. Estuve a punto de responderle: «Los documentos, ¡y volando!». Desgraciadamente, no era ella quien los tenía, sino un individuo que llegaba tarde y cuyo nombre ni siquiera conocía. Pedí un café y un *Korn*. Aparte de mí, no había ningún cliente. Al cabo de un rato, el establecimiento empezó a llenarse. Sin embargo, la persona que esperaba no acudió.

Dos días antes, una voz aguardentosa me había dicho por teléfono, sin revelar su identidad, que tenía importantes documentos relativos a Nâzim Hikmet y el Partido Comunista Turco y que, en lugar de remitirlos a ciertas instituciones, quería confiárselos a un escritor cuya honestidad estuviese fuera de toda duda. La voz, estropajosa, ronca por el alcohol y el tabaco, era la de un viejo. Las palabras turcas salían a cuentagotas de su boca, como si hubiese empezado a olvidar su lengua materna. El hombre hablaba despacio, sin hacer una pausa. No quería dar detalles por teléfono, pero me propuso que

nos reuniésemos en Berlín el día que me conviniese. Sugerí una cita al día siguiente en el café Weyers.

Ahora lamentaba haberme precipitado y haber venido aquí sin hacerle ni una pregunta. ¿Por qué me había dejado convencer tan rápido? Sin duda porque se trataba del gran poeta a quien había consagrado varios años de mi vida: abrigaba la esperanza de averiguar nuevas cosas acerca de él. En cuanto al Partido Comunista Turco, me traía sin cuidado. Después de todo, yo era biógrafo, no historiador político.

Me dije que probablemente el hombre no acudiría a la cita. O bien quiso ponerme a prueba, o bien tomarme el pelo. O tal vez fuese un amigo que me gastaba una broma. A mi regreso a Estambul se excusaría diciendo: «Nunca pensé que irías hasta Berlín por los bellos ojos de Nâzim». Y yo le respondería: «Tienes razón. A veces, de cazar pensamos, cazados quedamos».

Pensé en *Cazadores en la nieve*, el famoso cuadro de Brueghel. Seguidos por los perros, los cazadores llegan desde la espesura, silenciosa y desnuda, apenas con una pieza, bajo un cielo plumizo en un paisaje que desaparece bajo la nieve; van de vacío, a lo largo de una hilera de hayas en cuyas ramas están posados los cuervos. La escena expresa una profunda tristeza. Aunque mi caza no tuviese nada que ver con la de Brueghel, a mí también me daba la impresión de volver con las manos vacías. Estaba furioso y confundido. Me habían tomado el pelo y había hecho un viaje en balde. Había sido víctima de un engaño y había mordido el anzuelo. ¡Dios sabe lo que po-

dría ocurrir a continuación! ¡Podía darme con un canto en los dientes si sólo era una broma pesada! ¿Y si me hubiesen tendido una trampa? ¿Y si alguien me esperaba en la esquina de una calle para matarme? Un cadáver tirado en la nieve, un escritor asesinado en Berlín. Morir en esta ciudad martirizada, tantas veces destruida y quemada pero renacida siempre de sus cenizas... Cazado como una perdiz. Pero ¿por qué? ¿Por qué querría nadie matarme? Yo no había hecho daño ni debía nada a nadie. No era ni un antiguo espía ni un miembro de una sociedad secreta. Mi único error era, después de varios años de interrupción, continuar con la batida de Nâzim Hikmet y, llevado de mi vieja pasión por el gran poeta, buscar en Berlín huellas de su paso. Un paso del que, por cierto, apenas hay recuerdos aquí. Hikmet vino varias veces al Berlín Este con ocasión del Festival de la Juventud, pero sobre todo residió en Leipzig, para preparar los programas de Nuestra Radio, órgano del PCT. Sentía tanta nostalgia que de buena gana iría a casa del doctor Fausto para hacer un pacto con el diablo. No le habría pedido ni juventud ni riqueza, se contentaría con pasar una hora en Estambul. Con el corazón roto por la nostalgia, estuvo a punto de sellar ese pacto con su propia sangre. Pero la casa de Fausto no está allí, sino en Praga, y Nâzim nunca puso los pies en el Berlín Occidental. Murió en Moscú en 1963, mucho antes de la caída del Muro. Y fue mejor así. De lo contrario, habría visto desmoronarse la causa a la que dedicó su vida y por la que fue encarcelado. Tal vez se hubiese muerto de pena. ¿No dijo cuando, entre 1938 y 1950, fue encerrado en

la prisión de Bursa que la vida del hombre dura en exceso, pero es más breve que la del cuervo? Aunque en su juventud no vio a Lenin, montó guardia en su tumba. Por lo menos no fue aplastado por la caída de los ídolos. Escribió orgulloso: «Quisieron expulsarme de mi partido / pero no lo lograron».

Lo imaginé, a la edad de diecinueve años, una tarde en Moscú, bajo la nieve, cerca de la plaza Pushkin. La noche caía y las farolas aún no estaban encendidas. Eran años de escasez. Llegado en el tren Batumi-Moscú, había atravesado regiones castigadas por la hambruna y, al descubrir que en Rusia reinaba una miseria mayor que la que había conocido en Anatolia, se sintió todavía más unido al país de la revolución. Pushkin seguía allí, tan pequeño, humilde y solitario, en su capa de bronce. Elegante como un dandi de San Petersburgo. Nâzim miraba al gran poeta. Como no había leído sus poemas, todavía no era capaz de ver su grandeza, probablemente demasiado ocupado en leer sin descanso las obras de Marx y Engels. No tenía frío. El fuego de la revolución ardía en su interior, tenía en su mano el *¿Qué hacer?* de Lenin y sus ojos azules relampagueaban. Si hubiese tenido ocasión, le habría preguntado al camarada Vladimir Ilitch qué hacer. Se pasó el resto de su vida buscando la respuesta a esa pregunta sin encontrarla jamás. Aun cuando, con la autorización del Partido, hubiese montado guardia en la tumba de Lenin.

Pensaba en los acontecimientos subsiguientes a la muerte de Nâzim, después de la Primavera de Praga, que desembocaron en la destrucción del Muro de Berlín, diciéndome que el

Partido había desaparecido llevándose con él un pasado poco glorioso, cuando la camarera pelirroja vino y me trajo un mensaje acompañado de un segundo *Korn* que no había pedido. Leí lo que estaba escrito en el papel: «No vaya a pensar que no he acudido a nuestra cita. Lo observaba, sentado en un taburete al otro lado de la barra. Ni siquiera se dio cuenta. Es lo habitual en *este tipo* de citas. Como dice en un poema Nâzim Hikmet, al que nosotros en el Partido llamamos *Şair baba*, “Papá Poeta”, quien dirige el juego “no aparece de inmediato”. Tengo los documentos. Y los informes. Nos vemos mañana a la misma hora, es decir, a las cinco de la tarde en el Dressler».

¡Vaya! Así que me había seguido, estaba detrás de mí en el café y, antes de irse, tuvo tiempo de escribir un largo mensaje e incluso de espiarme —apuesto a que con una sonrisa burlesca—. Obviamente, quería picar mi curiosidad. Pues muy bien, me dije, si no tiene nada mejor que hacer... Vuelvo a pensar en el cuadro de Brueghel. Nâzim, una tarde, después de haber bebido como yo una copa tras otra, pese a que los médicos le habían prohibido beber y fumar, había escrito un poema en el que relataba su sufrimiento y sus paseos por Peredelkino en el bosque de abedules: había en su poema los mismos árboles desnudos que en el cuadro, las estrellas, e incluso una ventana donde brillaba una luz amarilla, pero no había cazadores. Al poeta no le gustaba la caza y recuerdo que repetía constantemente «A veces, de cazar pensamos, cazados quedamos».

Probablemente porque tenía el estómago vacío, me mareé y mi visión se nubló. Entre tanto, el café se había llenado. Pedí

un caldo de lombarda. Tengo debilidad por la lombarda y debo admitir que durante mi estancia en Berlín pude satisfacer mi capricho. Pero no pedí cerveza. Quizá temiese, sentado en mi taburete, parecerme a uno de esos viejos alemanes ensimismados en la morosa contemplación de una jarra gigante; con esta nevada, me dije, después de todo el aguardiente que había bebido, sería mejor que acompañase mi caldo con un brebaje más refinado, y pedí una copa de vino. Como todo desaparecía en el humo del tabaco, encendí un cigarro. Un letrero rotulado en caracteres góticos con la inscripción «*Rauchen polizeilich verboten*», que recordaba otros tiempos y debía de proceder de un café del Berlín Oriental, estaba colgado ostensiblemente en la pared como una broma de dudoso gusto. A su lado habían enmarcado un cartel publicitario que databa de la época de la guerra fría: sobre un fondo rojo, un petimetre de punta en blanco fumaba uno de esos cigarros de cajetilla rectangular que estaban de moda entonces. Yo, que todavía tengo respeto por Cuba, honro la memoria de su revolución y detesto los cigarrillos enrollados en papel; sin embargo, este anuncio desprendía el aroma de los buenos tiempos.

El tiempo pasado nos pertenece sólo a nosotros: los jóvenes ni conocen ni desean conocer el Berlín que se identificaba con el muro que lo atravesaba y lo dividía en dos. Nevaba sobre la ciudad y anochecía a las cinco de la tarde. No se deja Estambul en pleno invierno para venir aquí si no se es, como yo, un ferviente admirador de Nâzim, cuya vida consagrada al comunismo todavía valora, o un curioso empedernido

que no teme asumir riesgos. O simplemente un enamorado incondicional de Berlín, con o sin el Muro y la guerra fría. Fiel, a despecho de la ideología. Probablemente no es una coincidencia que el hotel en donde me alojo se encuentre en una calle cuyo nombre en alemán significa «Sé fiel». Cuando la reunificación de las dos Alemanias, o, mejor dicho, cuando la Occidental se apoderó de la República Democrática Alemana, la ciudad fue elevada al rango de capital. Sea como fuere, hacía mucho tiempo que la ciudad no sufría un invierno tan riguroso. Había en el aire ese día, y no sólo en los dibujos que adornaban las paredes del café, un no sé qué que me recordaba el pasado. Me dio la impresión de que, de un momento a otro, los proyectores de las torres de vigilancia que se alzaban antiguamente a lo largo del Muro enfocarían sus haces de luz sobre las oscuras aguas del Spree, que aparecerían las patrullas de guardia y los perros, que los controles se multiplicarían en el Checkpoint Charlie y que se haría el intercambio de espías en el Glieniccker Brücke, el Puente de la Unidad.

El Muro ya no existe, pero todavía vive en nosotros. No en todos, por supuesto, pero sí en algunos de nosotros. Porque era el símbolo de una época. Un producto de la guerra fría. No contento con dividir en dos la ciudad, marcaba la frontera entre dos mundos, dos sistemas políticos opuestos, dos civilizaciones que vivían con el temor de una nueva guerra. Sí, era un símbolo. Y posiblemente el más infame, el más terrible, el más inaceptable de los últimos sobresaltos de nuestro siglo que

se acaba. Y una fuente de orgullo para muchos de nosotros. Porque el hecho de odiarlo nos dignifica.

No hemos tardado nada en olvidar que el siglo xx fue un tiempo de masacres, de destrucción, de genocidios, un tiempo de crímenes y asesinos. Las heridas no han cicatrizado y nuestros corazones sangran todavía al recordar los horrores grabados en la memoria colectiva. Si la mía no me traiciona, antes de recibir un balazo en la nuca y ser arrojado a un hoyo, el poeta andaluz dijo: «que no quiero ver la sangre de Ignacio sobre la arena. / ¡Que no quiero verla!». Sé que la sangre que evocaba entonces no era la suya, sino la del torero, pero escribir un poema ¿no es casi como enfrentarse a una montaña o a un toro a pecho descubierto? En cada pase sientes el roce del cuerno acerado. Miras a la muerte sin pestañear en el momento en que sientes el impacto de la bala asesina en tu nuca. ¡Maldito seas, siglo xx, que te has llevado en tu vorágine a tan grandes poetas, los has dejado pudrirse en cárceles o en campos de concentración, los has arrastrado contigo al abismo, los has machacado, pisoteado, pulverizado! Lárgate cuanto antes de mi vida. ¡Y puedes estar seguro de que no te echaré de menos!

El siglo xx ha terminado, podría decirse que con la caída del Muro de Berlín ha ido a reunirse con el pasado. Dejando tras de sí millones de muertos. Pero cuando abordo la cuestión de los poetas y la poesía, no puedo sino recordar a Nâzim Hikmet, no sólo porque es a él a quien debo el haber vuelto a Berlín, sino también porque el poeta se felicitaba por vivir en el siglo xx. No vivió lo suficiente para enterrarlo. Y se murió

sin ver el Muro. Vio abrirse el camino del espacio y se alegró como un niño. En cuanto al Muro, fue construido dos años antes de su muerte, sin que el poeta manifestase ni alegría ni pesar. Se limitó a decir que los constructores del comunismo, llegados de todos los rincones del país, trabajaban con el sudor de su frente, que su tarea no era tan fácil como se creía, que para ellos «el té no siempre estaba dulce y caliente, el pan no siempre fresco y crujiente», y que construían el edificio cantando.

Pero ¿eran conscientes de que edificando el comunismo, a costa de un trabajo ímprobo y enormes sacrificios, erigían los muros de su prisión? ¿Sabían ellos que, mientras alineaban los bloques de hormigón al amparo de los tanques soviéticos, el Muro no era, como decían los dirigentes, un baluarte «contra el fascismo», que no estaba destinado a contrarrestar el ataque de los coletazos de un III Reich resuelto a vengar su derrota, sino más bien a frenar el éxodo hacia la libertad, erigiendo una frontera entre el mundo libre y el mundo carcelario? Lo dudo. Además, mal que le pese a Nâzim, no cantaban como en sus poemas. Levantando el alambre de púas que coronaba ese muro que ellos consideraban una parte indispensable del edificio, no hacían sino obedecer las órdenes de sus dirigentes. Cuando Nâzim Hikmet hablaba de la construcción del comunismo a quien quería escucharlo, sobre todo a los camaradas que esperaban la ocasión para traicionarlo, pasaba de puntillas sobre el Muro de Berlín. Años después de haberse sentado en el suelo, solo, al sol, apoyado contra el muro, durante su

paseo en la cárcel de Ankara, se negaba a ver ese otro muro que se levantaba frente a él, y exclamaba, tendiendo la mano hacia el sol: «El corazón del albañil rutila / como un resplandeciente parque de atracciones / Pero la obra no es un parque de atracciones / Aquí se encuentra barro y nieve y viento». Se equivocaba. El muro que erigían separaba a las familias y levantaba una barrera entre los hombres. No era sólo Berlín lo que dividía en dos, era al mundo entero.

¿Para qué sirve un muro? ¿No es para delimitar el espacio de las habitaciones donde estamos confinados, donde hacemos el amor y dormimos, donde exhalamos el último suspiro? ¿O bien para cercar un jardín, para separar un patio de la calle, la prisión de la libertad? También para estar parado frente a él, con las manos atadas a la espalda, esperando la bala mortal; o para mear en él. Como dice el proverbio: «El perro que busca la muerte se mea en el muro de la mezquita». De hecho, yo tenía muchas ganas de orinar, pero me daba pereza ir al baño. Sin moverme de mi mesa, desplegué rápidamente en mi mente mis consideraciones semánticas. Las imágenes desfilaban recias en mi cabeza como las bombas cayendo sobre la ciudad durante la última guerra. Las ventanas tapiadas, una anciana arrojándose al vacío desde el último piso de un edificio en ruinas, un soldado del Este tirando su kaláshnikov, saltando por encima del alambre de espino y, perseguido por los perros, corriendo hacia la libertad. De noche, sueño con perros hincando sus colmillos en mis nalgas antes de abalanzarse sobre mí para desgarrarme el rostro.

Este Muro, como la Gran Muralla china, como todos los muros que ha conocido la historia, no fue construido para protegernos sino para encerrar a la gente, para retenerla. Para que se queden el resto de sus vidas allí, donde todo el mundo vigilaba a todo el mundo, donde la Stasi huroneaba por todas partes, donde la libertad seguía siendo una vana promesa, en aquellas calles desiertas donde los trabajadores con sus monos no tenían derecho a pasear, en aquellas plazas donde los abrumaban las estatuas de los dirigentes a los que sólo se podía ver en las tribunas del Uno de Mayo, en aquellas largas avenidas despobladas, para que se marchitasen en sus viejas fábricas. El Muro, de varios kilómetros, no seguía un trazado riguroso. Fue construido pieza a pieza, reforzado con bloques de hormigón armado, cercado por un lado —por un solo lado— de alambre de espino y torres de vigilancia, protegido por perros adiestrados para el ataque, sus elementos prefabricados fueron ensamblados in situ y su parte superior fue alisada, como una masa aplanada por el rodillo del pastelero, para que resbalasen las manos de aquellos que intentasen aferrarse a ella. No vale la pena entrar en detalles, ni evocar todos los subterfugios imaginados a lo largo del tiempo para pasar al otro lado del Muro, ya escalándolo, ya excavando túneles. Me limitaré a decir que después de la Primera Guerra Mundial, un escritor de Praga, que pasó en Berlín los seis últimos meses de su corta vida bajo la protección de una mujer muy joven, previó la construcción del Muro y barruntó los desastres que entrañaría. A quien lo dude lo remito al texto de dicho escritor,

titulado *La Muralla China*. En él descubrirá las consecuencias políticas de la muralla y sus efectos en la vida de las personas.

Los que habían edificado el muro, sin embargo, aseguraban que se trataba de un medio de defensa. Parecían esperar el ataque inminente de los bárbaros prestos a asaltar sus bastiones. Pero no había ni bárbaros en el horizonte ni amenaza militar. De hecho, fueron ellos los que asaltaron a sus propios compatriotas. Los perros adiestrados, acostumbrados a la visión del Muro y los uniformes, se lanzaban sobre cualquier persona vestida de civil que se acercase al espacio prohibido.

¿Y si los perros que he visto hace un momento en el patio del hotel saltaban sobre mí? Uno estaba sentado al pie de una larga mesa cubierta de nieve, con los ojos vueltos hacia la puerta. El otro, subido en un pedestal, parece listo para el ataque. ¡Vale, son de bronce, pero nunca se sabe! Parece que la nieve amortigua los sonidos, quizá por eso no los oímos ladrar. Me digo que en verano, los clientes sentados alrededor de esa mesa —que muy bien pudiera evocar aquella en la que Jesús y sus apóstoles celebraron la Última Cena— desayunan allí en compañía de los perros. A la sombra del castaño, lejos de las multitudes y de las calles soleadas. Como si el mundo se limitase a este acogedor hotel, a este patio donde dos perros montan guardia.

Desde que comencé mi relato se habrán dado cuenta de que he hablado mucho de perros. Pero quiero hacer hincapié en que todo lo que he dicho de ellos, incluidas mis considera-

ciones sobre la pintura de Brueghel, es rigurosamente exacto. Estos animales ocupaban también un lugar importante en la vida de Nâzim Hikmet. En la época en que se escondió en Esmirna para escapar de la policía, al comienzo de su actividad política clandestina, fue mordido por un perro, y —como contó poco antes de morir en una novela autobiográfica—, no atreviéndose, por temor a ser arrestado, a ir al hospital de enfrente, pasó largos días con miedo a haber cogido la rabia. Quienes están más o menos familiarizados con la obra del poeta conocen este episodio, pero lo que no es de dominio público es que su padre fue mordido por su perro de compañía, al que amaba sobremanera, y que murió a consecuencia de la vacuna antirrábica que le administraron. Ello no impidió que Nâzim tuviese en su dacha de Peredelkino un galgo ruso llamado *Diablo*, o que le escribiese una elegía cuando murió y, para llenar el vacío que dejó con su muerte, comprase no uno, sino otros dos perros, lo que no impidió tampoco que esas bestias, que sus amigos conocían bien y de las que no se separaba, mordiesen a su amo.

La zona me era familiar. Además, como la mayoría de los biógrafos, gozo de una excelente memoria. Se llegaba al hotel de la Bleibtreustrasse por un callejón entre el café Deli y una floristería. El café estaba desierto, pero en la floristería había una mujer con un ramo de rosas blancas en la mano, de pie, frente a la caja. Pese al mal tiempo, había gente que compraba flores para llevar a su casa o para regalárselas a su pareja. Para acceder a la recepción había que pasar ante los perros de bron-

ce. Para no llegar tarde a mi cita, no me demoré en el hotel. Sólo tuve tiempo de observar el muro que separaba el vetusto edificio gris del patio interior. Era muy alto, pero eso no impedía que las ramas del viejo castaño que crecía del otro lado se extendiesen por encima de los perros. El muro dividía el patio en dos partes iguales. Así pues, no había un muro de Berlín sino varios. ¿Será por eso por lo que los berlineses utilizan el plural cuando hablan del Muro?

No me quedé mucho rato en el Weyers. Fui varias veces al baño, pero el tiempo me pareció demasiado corto. Debo admitir que no me di cuenta de eso hasta el día siguiente al amanecer, cuando contesté el teléfono.

* * *

Por la mañana muy temprano, con el canto del gallo, como suele decirse, el teléfono comenzó a sonar de forma insistente, como en las novelas de espionaje. De hecho, sólo las criaturas vivas son capaces de insistir, y «con el canto del gallo» es una locución que ya nos resulta anacrónica. Si no me equivoco, en sus primeros poemas, en una época en que no se hacía el menor caso de la tradición literaria, Nâzim Hikmet también empleaba expresiones inesperadas como «que le den a la rima». Pero me estoy desviando del tema. Ya he dicho antes que los hechos se desarrollarían bajo los auspicios del poeta. Me daba la sensación de que las cosas tomaban un sesgo desagradable. Reconocí de inmediato el timbre del teléfono. Te-